

consagrada al servicio del Estado. Su nombramiento para el gobierno de los Países-Bajos, por un rey como el de España, manifiesta que era hombre de valer y de servicios. Su conducta en este cargo, digna de alabanza bajo cierto aspecto, abrió campo á la censura de los que atribuyeron á la suavidad de su carácter los desmanes de las tropas y hasta de los mismos pueblos, á quienes se les permitió la satisfacción de sus agravios. Es probable que bajo la autoridad del duque de Alba, no se hubiesen atrevido las primeras á prorumpir en abierta sedición, ni los segundos á mostrarse tan exigentes y orgullosos; mas tampoco figura en sus hechos militares en los Países-Bajos una cosa tan expuesta y arrojada, como la expedición de la provincia de Zelanda. Es muy cierto que don Luis de Requesens se sentía abrumado bajo el peso de un gobierno de tanta responsabilidad como el que se le habia encomendado, y que murió con la ansiedad de un hombre cercado de gravísimos cuidados, no siendo el menor el que le causaban su apuro pecuniarios.

CAPITULO XLIV.

Continuacion del anterior.—Estado del país á la muerte de don Luis de Requesens.—Conferencias en Breda.—Toma el Consejo de Estado las riendas del gobierno.—Nueva sedición de las tropas españolas.—Se apoderan los sublevados de Alost.—Medidas de represion por el Consejo de Estado.—Tumulto en Bruselas.—Deponen al gobernador y arrestan á muchos individuos del Consejo.—Se disuelve éste.—Queda el gobierno en manos de los diputados de la provincia.—Confederacion de Gante.—Se traslada á Bruselas.—Decretos contra las tropas españolas.—Adhesion del principe de Orange á la confederacion.—Se apoderan los españoles sublevados de Maestricht.—Asalto de Amberes por la guarnicion española del castillo mandada por Sancho de Ayala.—Toma y saqueo de la plaza.—Acriminations mútuas.—Llegada á los Países-Bajos del nuevo gobernador general don Juan de Austria. (1)

1576.

A la muerte de don Luis de Requesens ofrecian los asuntos de los Países-Bajos un aspecto mas favorable á los intereses de España, que cuando dejó su gobierno el duque de Alba. Además de que no estaban ya los ánimos tan irritados contra la dominacion del rey, como en tiempo de su antecesor, se habia agrandado el territorio del país sujeto á su obediencia. Verdad es que se habia perdido la plaza fuerte de Middelburgo; mas la toma tan gloriosa de la de Ziriczee habia compensado aquella desventaja. Con la muerte de Luis de Nassau habia desaparecido uno de los enemigos mas activos y temibles de Felipe II, y la inquietud de otra nueva invasion de las tropas alemanas. Permanecia el principe de Orange inactivo, á lo menos en la parte militar, hallándose sin fuerzas para recobrar las plazas que le acababan de tomar los españoles. Estaba reducida la insurreccion á la provincia de Zelanda y las costas de las provincias seten-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

trionales del país, que se mantenian firmes á favor de la superioridad de su marina. Causa admiracion que el rey de España, dueño á la sazón de tantas galeras, no hubiese enviado á las costas de Flandes una escuadra para cooperar con sus ejércitos de tierra, y mucho mas, que los gobernadores del país, que tenian á su disposicion tantos puertos de importancia, no se aplicasen á construcciones navales para contrarestar las fuerzas de los zelandeses y holandeses. Algunos ensayos se habian hecho, mas fueron en pequeña escala, y no los suficientes para sofocar en los mares la insurreccion, que parecia ya tan próxima á su fin en tierra. Mas la insurreccion estaba viva como nunca en todas partes, y la muerte de Requesens hizo, como veremos, descorrer el velo que cubria los verdaderos sentimientos de la generalidad de aquellos habitantes.

En medio del tumulto de la guerra no habian dejado de darse pasos para poner fin á un órden de cosas que inquietaba á los príncipes católicos, y cuya duracion se atribuia en parte á lo inflexible de la política de España. Ya en 1568 habia enviado el emperador Maximiliano una embajada solemne á Madrid, á cargo de su hermano el archiduque Carlos, para hacer ver al rey los males que producía en Flandes el demasiado rigor desplegado por el duque de Alba, y aconsejarle en nombre de la humanidad y los intereses mismos de la religion, que se empleasen medios mas suaves en la sujecion de aquellos habitantes. Mas Felipe II habia llevado muy á mal que se mezclase en sus negocios propios un extraño, aunque estuviese revestido con el título de emperador; y si bien procuró expresarse con templanza en la respuesta, dió á entender á Maximiliano que á él solo incumbía escogitar los medios que le pareciesen mas propios para la mejor administracion de sus estados. No insistió el emperador en vista de tan redonda negativa, mas andando el tiempo, por los años 1575, volvió á suscitarse en su ánimo y el de muchos principales católicos el deseo de termi-

nar por medio de una avenencia los disturbios de los Países-Bajos. Por esta vez no se mostró tan inflexible el rey de España, y dió oídos á las proposiciones que en este sentido se le hicieron. Se reunieron pues con el objeto de entrar en ajustes sobre paz varios comisionados por parte del emperador, del rey católico y de los estados disidentes en la ciudad de Breda; mas fueron las conferencias infructuosas. Ni el de España ni los estados separados de su obediencia, querian un arreglo que no podia menos de estar sujeto á condiciones duras para cada una de ambas partes. No podia ceder nada el rey católico en materia de religion y libertad de conciencia; y estos dos puntos eran tan importantes para los estados, que les era imposible sacrificarlos á consideraciones de ninguna clase. Así pedía cada una de las partes lo que sabia que la otra no habia de conceder, creciendo las exigencias en proporcion de lo que se conocia la fuerza de la repugnancia. Las conferencias de Breda se terminaron pues sin resolver nada, quedando cada uno con la conviccion, que el asunto no tenia otro arreglo que lo que decidiese la fuerza de las armas.

Habia nombrado Requesens á la hora de su muerte por gobernador interino de Flandes al conde Barlemont, quedando el mando militar á cargo del conde de Mansfeld. Mas habiendo espirado sin poder firmar el documento, se declaró por nulo. Faltando la persona del gobernador y no estando nombrado ninguno por el rey, tomó, por las constituciones del país, el Consejo de Estado las riendas del gobierno. Dudó el rey de España si dejaria á esta corporacion continuar en su cargo, ó si mandaria al país un nuevo gobernante. Designaba la opinion pública á don Juan de Austria para esta dignidad, y aun no faltó quien aconsejase al rey no desperdiciase esta ocasion de enviar á su hermano á un país, donde las circunstancias todas reclamaban la presencia de un príncipe ya tan famoso por sus hazañas militares; y que además no podria menos de ser muy grato á los flamencos

por la memoria de su padre. Habia además otra razon de conveniencia, á saber, que habiéndose proyectado una expedicion á ruegos y por influencia del Pontífice, con objeto de librar á María Estuarda, reina de Escocia, prisionera entonces en Inglaterra, podria don Juan de Austria emprenderla desde Flandes mismo, haciéndose así la travesía mas corta, sin causar sospechas de antemano. Así se lo hizo ver el Papa al rey de España; mas aunque éste pareció gustar de sus razones, juzgó que el Senado de Flandes, como compuesto de hombres del mismo país, mirarian con mas interés la direccion de unos negocios que les tocaban tan de cerca, y así se decidió á dejar por entonces al Consejo de Estado á la cabeza de los Países-Bajos.

No brilló en esta determinacion la prudencia tan habitual del rey de España. No era en un país teatro de revueltas donde podia convenir el gobierno de muchas cabezas, expuestas siempre á la division y á la discordia. Contaba el Consejo de Estado con personas muy adictas á los intereses del rey, como el conde de Arescot, el de Mansfeld y el presidente Viglio; mas no faltaban otros que miraban de muy mal ojo la presencia en el país de las tropas españolas. Por una parte se desdenaban los grandes de estar sujetos á personas de su misma clase; por la otra era objeto de descontento para las tropas, el no tener á su frente un gobernador general, de cuya sola autoridad estuviesen dependientes. Se aprovechó hábilmente de esta circunstancia el príncipe de Orange, para atizar el fuego de la discordia en una corporacion donde tenia secretos partidarios, y hacer que todas sus providencias se resintiesen de divergencia de los ánimos. Por sugestion de los que deseaban ver al país libre de tropas extranjeras, se adoptó la medida de hacer salir á los alemanes mandados por el conde de Altemps, quien se mostró quejoso de la providencia, achacándola abiertamente á intrigas del gobernador de Amberes, Campiñy, hermano del cardenal Granvella, su enemigo

personal, y á deseos de echarle de Bruselas con objeto de entregar la ciudad al príncipe de Orange. Mientras tanto los españoles que estaban en Ziriczee, al saber que habian prometido pagas á los alemanes con objeto de despedirlos mientras nadie se acordaba de ellos, se amotinaron creyéndose desairados; pues la conquista de esta isla de Zelanda, si bien les habia producido mucha gloria, habia sido muy estéril en despojos. Como lo tenían en tales ocasiones de costumbre, prendieron á su jefe Mondragon, y nombraron un electo. En seguida escribieron al Senado pidiendo sus sueldos en tono de amenaza, como hombres resueltos á hacerse pagar por la fuerza, si no se les satisfacía de grado. Trató de apaciguarlos el Senado prometiéndoles las pagas, mas habiéndose diferido el cumplimiento de la oferta, por intrigas de algunos senadores enemigos de los españoles, prorumpieron éstos en una nueva sedicion, y pasando de las amenazas á las obras, se salieron de Ziriczee, que dejaron guarnecida con algunos valones, y se esparcieron segunda vez por el Brabante. En vano el Consejo trató de reducirlos á su deber, prometiéndoles siempre el pago de sus atrasos. Del conde de Mansfeld, que se les envió para reconvenirles por su conducta y volverles al camino del deber, no hicieron ningun caso. Era su intencion nada menos que de apoderarse de Malinas y Bruselas; mas habiéndose preparado estas poblaciones á una seria resistencia, torcieron á la provincia de Flandes, donde se apoderaron por sorpresa de la plaza de Alost, entrándola á saqueo.

Era la cuarta vez que las tropas españolas prorumpian en abierta sedicion en el transcurso de muy pocos meses. Encendió de nuevo la toma y saco de Alost el odio que se les tenia, y el Senado en semejante coyuntura dispuso que las ciudades se armasen para atender á su defensa en caso de verse embestidas. Así se encendió de nuevo la guerra civil en los Países-Bajos. El mismo Senado daba ejemplo de discordia, pues si algunos, y aun los

principales, se mostraban adictos al nombre español, se empeñaban otros en la necesidad de que se les hiciese salir para siempre del territorio de los Países Bajos. De aquí nacieron dos partidos, uno con el nombre de español y otro con el de patriota. Fácil es imaginarse que este era el popular, el que contaba con más individuos, el que hablaba más á los corazones de la muchedumbre. La noticia de la toma de Alost causó en Bruselas una sedición que costó la vida á algunos españoles, y el mismo Senado, ya sin esperanza de que volviesen á su deber las tropas sublevadas, no sabiendo por otros medios calmar la irritación del pueblo, expidió un decreto, declarando á los soldados rebeldes enemigos del rey y de la patria.

Así en las mismas provincias que reconocían la autoridad del rey de España, estalló una guerra civil entre los habitantes del país y las tropas extranjeras, entre las que ocupaban el principal lugar las españolas. Se adoptaron en las provincias medios de defensa contra los que consideraban ya como enemigos. Los españoles por su parte, viéndose tan amenazados trataron de hacerse más fuertes y estrechar sus vínculos de la fraternidad, pues á esto deberían solo su conservación en medio de tantos enemigos, y como las medidas que para ello deberían tomar tenían por precisión que ser hostiles, encendió esto de nuevo las desconfianzas y los odios. Era á la sazón gobernador del castillo de Amberes Sancho de Avila, que se había hecho tan famoso. Conociendo este caudillo el mal estado en que iban á verse sus negocios, escribió al Senado quejándose con acrimonia de que hubiese mandado á las ciudades armarse en su defensa, pues era lo mismo que concitar sus odios contra las tropas españolas. Respondió el Senado quejándose de la insolencia de los sediciosos de Alost, cuyos desmanes provocaban cuanto los flamencos hiciesen en su legítima defensa. Las cosas llegaron á tal punto, que Sancho de Avila, aunque irritado contra los sediciosos, á fin de ponerlos al abrigo

del furor del pueblo, les envió un refuerzo de gente y municiones.

Amortiguó un poco este fuego de la guerra civil la noticia de la pronta llegada á Flandes de don Juan de Austria, á quien el rey se había decidido por fin á encargarse este gobierno. Por otra parte, como cada uno de los dos partidos temía que le echasen la culpa de ser el agresor, se andaban algo remisos en las hostilidades. Los dos trataron igualmente de ganarse el ánimo del nuevo gobernador, imputando al contrario los males que eran fruto de estas disensiones. Escribieron los del Senado al rey, que en vano trataban ellos de que se conservase buen afecto á los españoles, cuando era general el odio contra ellos: que no había artesano ni labrador que no comprase un arcabuz ó se hiciese con un arma de otra especie para hostilizarlos: que no servía de freno para la muchedumbre la tropa de las guarniciones: que los mismos españoles atizaban estos odios propasándose á violencias producidas en parte por la falta de pagas, que el Senado no podía satisfacer por la de caudales: que hasta entonces habían ido entreteniéndose las esperanzas del país con la idea y esperanza que llegase pronto don Juan de Austria, por lo que era de gran necesidad de que apresurase su partida. Así lo dispuso el rey, mandando á su hermano que se pusiese cuanto más antes en camino para Flandes, mas no llegó tan pronto como las necesidades de Flandes requerían.

Aprovechó hábilmente este tiempo el príncipe de Orange, induciendo á los gobernadores de las provincias para que se declarasen contra el rey en nombre de su libertad é independencia. Algunos llegaron hasta asegurar que el mismo conde de Arescot, tan adicto á la causa del monarca, llegó á entrar en comunicaciones é inteligencia con el príncipe, y que se trató de fortificar esta unión con el enlace de sus hijos respectivos. Crecía de punto el odio á los españoles, que no contentos con la ocupación de Alost, se habían apoderado del castillo de

Liquerque, muy cerca de Bruselas. Se trató en el Senado de refrenar esta insolencia, tomando armas contra los soldados sediciosos, y como algunos de los individuos de esta corporacion manifestasen que esto seria muy desagradable al rey de España, y que se debian tentar todos los medios de miramiento y consideracion hasta que llegase el dinero con que satisfacer sus pagas, fueron tenidos de los otros por traidores. Se sublevó con esto de nuevo el pueblo de Bruselas; y habiendo corrido á las armas, hicieron llevar á la cárcel á los senadores que habian disentido de los votos de la mayoría; depusieron al gobernador y nombraron en su lugar á Gillermo Horn, con el mando absoluto militar, jóven muy contrario á la causa de los españoles. Su primera operacion fué enviar un regimiento al palacio del Senado, con órden de sacar violentamente de su seno á los condes de Mansfeld y Barlamont, al presidente Viglio y otros designados con el nombre de *hispanienses*, á quienes pusieron arrestados en sus casas para que no trastornasen con sus consejos la tranquilidad y reposo del estado.

El Senado quedó con esto disuelto y sin autoridad, y la direccion de los negocios en manos de los diputados de los estados, contrarios todos de los españoles. Dieron luego un decreto de que saliesen de Flandes todos los de esta nacion, y en seguida convocaron á los diputados de todas las provincias para conferenciar sobre los medios de asegurar el órden y la tranquilidad de los estados. Bien sabian que estas reuniones eran contra la expresa voluntad del rey, mas no titubearon en llevar adelante una resolucion en que tenia tanta parte el odio á su gobierno. Acudieron las provincias de Haynant, Artois y Flandes á Gante, donde ajustaron una especie de confederacion que con el tiempo iba á echar tantas raices en los Países-Bajos. Se trasladó esta reunion á Bruselas, á donde acudieron diputados por otras mas provincias. Se concretaron entonces todas las manifestaciones y medidas de la confederacion, á la expulsion de los españoles y demas

tropas extranjeras, y aunque no hablaban de sustraerse á la autoridad del rey, sabido era que obraban contra sus principios políticos. Se dirigió la confederacion á Francia, á Inglaterra y á varios estados de Alemania, pidiéndoles proteccion en su demanda, que tenian por tan justa y razonable. Igual manifestacion hicieron al principe de Orange, pidiéndole se juntase con ellos y acudiese con algunas fuerzas á Gante, en cuya fortaleza tenian guarnicion los españoles. No deseaba otra cosa aquel personaje, y así envió al momento un número considerable de tropas que se posesionaron de dicha fortaleza. A las provincias ya dichas se reunieron las de Holanda y Zelanda, sin ser obstáculo ninguno el que estas dos últimas fuesen el asiento principal de las nuevas sectas religiosas. Para concebir una idea de lo popular que era la medida de la expulsion de las tropas españolas, bastará indicar que muchos prelados y eclesiásticos de elevada clase acudieron á Gante, y manifestaron los mismos deseos de que saliesen de Flandes todas las tropas extranjeras.

Se podia considerar esta confederacion en hostilidad abierta contra el rey de España. Como tal la tomaron las tropas españolas, que miraban aquel pais como suyo por derecho de conquista. Se declaró una abierta enemistad entre los soldados de uno y otro bando; pues la confederacion alistó tropas en apoyo de sus pretensiones. Fué recibido en Bruselas con muestras de grande regocijo el jóven conde de Egmont, hijo del que habia sido ajusticiado pocos años antes, y revestido de un mando importante, á pesar de sus pocos años y falta de experiencia.

Ya habian comenzado las hostilidades entre las dos facciones. En el primer encuentro fueron derrotados los confederados mandados por el conde de Glimen; mas esto, en lugar de abatir su ánimo, los inflamó de nuevo con los estímulos de la venganza. Corrieron los españoles victoriosos, á las órdenes del capitan español Alonso Vargas, á Maestricht, de donde hacia poco que habia

sido expelida su guarnicion por las tropas de los confederados. Para volver á recobrar la plaza se valieron de la estratagema de llevar delante de sus columnas todas las mujeres y niños que pudieron recoger de los contornos, con lo cual los habitantes se abstuvieron de hacer fuego por no hacer víctimas á gente indefensa y que les tocaban tan de cerca. Tal vez será esta especie una de las invenciones de la fantasia de los historiadores. Mas como quiera que sea, los españoles entraron á viva fuerza en Maestricht, cuyo pueblo saquearon por derecho de conquista.

Se declaraba la suerte de las armas por los españoles, mas no seguian menos en su pronunciamiento los confederados. Temiendo por la suerte de la ciudad de Amberes, en cuyo castillo mandaba Sancho de Avila, enviaron allá las tropas de que podian disponer, contándose entre ellas el tercio de Egmont y las alemanas mandadas por el conde de Overtei. Reunidas éstas con las de la plaza, que mandaba el conde de Champiñy, compusieron una guarnicion muy respetable. Pero dominados por el castillo, construido como hemos dicho, mas con objeto de hostilizar á la ciudad que de defenderse contra enemigos exteriores, era preciso que tratasen de apoderarse de esta fortaleza ó que se pudiesen al menos á cubierto de sus tiros. Todas las disposiciones de su gobernador se dirigieron á este objeto. Mas no estaba mientras tanto ocioso Sancho de Avila, capitan antiguo, y que sabia cuánto le importaba el ser agresor en esta lucha. Acudieron á su llamamiento todas las tropas españolas que se hallaban en los pueblos inmediatos, capitaneadas, entre otros jefes, por Francisco Valdés, Julian Romero y Antonio de Olivera. Tambien se presentó en el castillo el capitan Vargas, que acababa de hacer la conquista de Maestricht, y hasta los mismos sediciosos de Alost acudieron con su electo, queriendo sin duda mostrarse agradecidos por los socorros que les habia enviado Sancho de Avila, y dando á entender que en semejantes conflictos todos eran españoles.

Reunido así un cuerpo de cinco á seis mil hombres, encendidos todos contra los confederados, no perdió un momento Sancho de Avila en tomar la ofensiva contra los de Amberes; y habiendo inflamado á sus tropas con una corta arenga, en que se hacia pomposa descripcion de las riquezas de aquel pueblo, bajaron denodadas á dar un asalto que tanto excitaba su codicia. Fué terrible el impetu con que embistieron; y las obras que habia mandado construir el gobernador para defensa de la ciudad, quedaron allanadas en el acto. Entraron los españoles, arrollando cuantas tropas se les ponian por delante. Fué el tercio mandado por el conde de Egmont el primero que les hizo frente, y como compuesto de soldados bisoños, al punto desbaratado, quedando su jefe prisionero. No ofrecieron mas seria resistencia las demas tropas de la plaza, entre las que se introdujo el desaliento y el desórden. Mas animosos se mostraron una gran parte de los habitantes de la ciudad, llevados por la desesperacion al considerar que iban á ser despojados de sus bienes, haciéndose fuertes desde el palacio llamado de la Curia, donde hicieron una obstinada resistencia. Acudieron los españoles al expediente de poner fuego á este edificio, que se incendió con ochenta casas de las inmediaciones, y con esto se dió fin á toda resistencia.

Dueños de Amberes los españoles, procedieron, como era de aguardar, al saqueo de aquella rica poblacion, emporio del comercio de los Países-Bajos. El botín fué inmenso. Se redimieron muchos habitantes del despojo por sumas muy cuantiosas; mas algunos fueron victimas de las pugnas que se suscitaban entre los mismos vencedores disputándose las presas. Los desórdenes y crueldades á que dan margen conflictos tan terribles, son fáciles de imaginarse. Percieron mas de seis mil personas en Amberes, tres mil pasadas á cuchillo, mil y quinientas que murieron entre las ruinas de los edificios, y otros tantos ahogados en el rio. Se dice que no murieron más que veinte y cinco de los españoles; mas en estas eva-